

con una graciosa cabecilla de cabra, de ojos oblicuos, nariz menuda. Aquel asombro era un encanto, como si la niña hubiera caído del cielo, regalo que traía un poco de viveza á la casa, llena de sol, que adormecían las digestiones demasiado tranquilas. La buena sociedad de Beauclair se burlaba de los Mazelle; eran dos botijos, gallinas cebadas, pero no por esto se les respetaba menos; se les saludaba, se les invitaba como hacendados, á quien su sólida fortuna ponía por encima de los trabajadores, de los pobres empleados y hasta de los capitalistas millonarios, siempre amenazados por las catástrofes. Ya solo se esperaba al señor Marle, cura de San Vicente, la parroquia rica de Beauclair. Llegó, y pasaron al comedor. Se excusó el cura; le habían detenido sus obligaciones. Era alto, fuerte, de rostro cuadrado, nariz aguileña, boca grande de vigorosas líneas. Joven todavía, de treinta y seis años, de buen grado hubiera luchado por la fe, á no ser por un ligero defecto en la lengua que le hacía la predicación difícil. Esto explicaba que se resignase á enterrarse en Beauclair, mientras que su pelo oscuro cortado al rape, sus ojos negros y tenaces pregonaban al clérigo militante, que había soñado ser. Pero no le faltaba inteligencia, y se daba clara cuenta de la crisis que el catolicismo atravesaba. No confesando á veces sus temores, cuando veía su iglesia abandonada por el pueblo, agarrábase á la letra estrecha de los dogmas, seguro de que el antiguo edificio sería derribado, el día en que la ciencia del libre examen hiciera en él brecha. Aceptaba las invitaciones de la Guerdache, sin ilusiones respecto de las virtudes de la burguesía, y almorzaba ó comía allí, en cierto modo por deber, para ocultar bajo el manto de la religión las miserias que conocía.

Le encantó á Lucas la clara alegría, el agradable gran lujo del comedor, amplia estancia que ocupaba un ángulo entero del piso bajo, y por cuyas grandes ventanas se veía el césped y los árboles del parque. Parecía que aquel ver-

dor entraba en la casa, que el comedor estilo Luis XVI, con sus maderas gris perla, tapizado de verde de agua, muy suave, se convertía en la sala de los festines, soñada en una ideal magia bucólica. La riqueza de la mesa, la blancura de los manteles, el brillo de la plata y del cristal, las flores que adornaban los cubiertos, coronaban la fiesta que daba á los ojos el maravilloso cuadro de luz y de perfumes. La sensación fué tan viva, que de pronto evocó toda la noche anterior: el pueblo hambriento y negro que pisoteaba como un rebaño el lodo de la calle de Brias; los pudeladores y arrancadores que se tostaban la carne ante las llamas infernales de los hornos; sobre todo la pobre vivienda de Bonnaire con la triste Josina sentada sobre un peldaño de la escalera, salvada del hambre por una noche, gracias al pan robado por su hermanillo. ¡Qué de miseria injusta! ¡de qué trabajo maldito, de qué execrable sufrimiento se hacía el lujo de los ociosos y de los felices!

En la mesa, de quince cubiertos, Lucas se encontró colocado entre Fernanda y Delaveau. Contra la costumbre, Boisgelin, que tenía á la señora de Mazelle á su derecha, había puesto á Fernanda á su izquierda. Hubiera debido dar este sitio á la señora de Gourier; pero en las casas de confianza ya se sabía que se colocaba siempre á Leonor cerca de su amigo el prefecto Chatelard. Este, naturalmente, ocupaba el sitio de honor, á la derecha de Susana, que tenía á su izquierda al presidente Gaume. Se había puesto á Marle, el cura, junto á Leonor, su hija de confesión más asidua, más querida. Gourier estaba al lado de la señora Macelle, junto al presidente. Por último, el capitán Jollivet y Lucila, los novios, estaban en uno de los extremos, en frente del joven Aquiles Gourier, silencioso, al otro extremo, entre Delaveau y el cura. Susana, previsora, para poder vigilar mejor, había mandado que se pusiera detrás de ella la mesa de los niños, que presidía Pablo, de siete á ocho años, entre Luisa y Nisa, de tres, las cuales inspiraban cierta inquietud paseando sus manitas por pla-

tos y copas. Una doncella estaba á la mira, y el servicio de la mesa grande estaba á cargo de los dos ayudados de camarera, ayudados por el cochero. Vinieron los huevos relucientes acompañados del sauterne y se trabó una conversación general, hablando del pan que se fabricaba en Beauclair.

—Yo no he podido acostumbrarme á él,—dijo Boisgelin;—el pan de lujo de aquí no se puede comer; yo he traerlo de París.

Había dicho ésto con la mayor sencillez, pero todos miraron con un vago respeto los panecillos que comían. Mas los enojosos acontecimientos de la víspera ocupaban principalmente el pensamiento de todos.

Fernanda exclamó:

—A propósito, ya sabéis que anoche entraron á saco una panadería de la calle de Brias.

Lucas no pudo contener la risa.

—¡Oh, señora, á saco!... Estaba yo allí. ¡Un pobre niño que ha robado un pan!

—También estábamos nosotros,—manifestó el capitán Jollivet, ofendido por la compasión, que significaba disculpa, que había en el tono de Lucas.—Es de lamentar que no se haya detenido á ese muchacho, á lo menos por ejemplo.

—Sin duda, sin duda,—advirtió Boisgelin.—Parece que hay muchos robos desde esa maldita huelga... Me han hablado de una mujer que había forzado el mostrador de un carnicero. Todos los abastecedores se quejan de que la gente vagabunda se llena los bolsillos en sus escaparates... ¡Ahí tienen ustedes inquilinos para la hermosa cárcel nueva! ¿no es así, señor presidente?

Iba Gaume á responder, cuando el capitán replicó con violencia:

—Sí, el robo infame engendra el pillaje, el asesinato. El espíritu de la población obrera se va haciendo temible. Anoche, todos ustedes, que estaban en la calle como yo,

no han sentido este espíritu de rebelión, que pasaba como una amenaza, un terror, que hacía temblar á la ciudad?... Además, Lange, el anarquista, no tenía pelos en la lengua para decir lo que pensaba hacer. A gritos lo decía: «que haría saltar á Beauclair, que arrasaría los escombros.» A ese, ya que lo han atrapado, supongo que lo pondrán á salar, como conviene.

La actitud de Jollivet molestó á todos. Aquel raptó de terror de que hablaba, que los demás habían sentido pasar como él la noche anterior, ¿para qué recordarlo, despertarlo, sobre aquella mesa tan agradable, cargada de cosas tan buenas, tan hermosas? Se sintió frío; la amenaza del mañana zumbó, en medio del silencio, en los oídos de aquellos burgueses alarmados, mientras los criados les servían truchas.

Delaveau, sintiendo que el silencio se hacía molesto, dijo al fin:

—Lange, mala persona... tiene razón el capitán... ya que lo han cogido ustedes, no lo dejen escapar.

Pero el presidente Gaume movía la cabeza, y con aire severo, fría expresión, sin que se supiera lo que había detrás de aquella rigidez profesional, dijo:

—Sepan ustedes que esta mañana, por mi consejo, después de un simple interrogatorio, el juez de instrucción se ha decidido á soltar á ese hombre.

Hubo exclamaciones, que ocultaban un miedo positivo, bajo una exageración de broma.

—¡Oh, señor presidente; usted quiere que nos degüellen!

Gaume solo respondió con un pausado movimiento de la mano, que podía significar muchas cosas. La prudencia consistía en no dar, con un proceso ruidoso, una importancia considerable á palabras lanzadas al viento, que más germinarían cuanto más se esparciesen.

Jollivet se había calmado, mordiéndose el bigote y no queriendo contradecir abiertamente á su futuro suegro.

Pero el subprefecto Chatelard, que hasta entonces se había contentado con sonreír, dijo con suave y afable acento de hombre que está de vuelta de todo:

—¡Ah! lo comprendo, señor presidente; lo que usted ha hecho, es lo que llamo excelente política... ¡Bah! no; el espíritu de las masas no es peor en Beauclair que en otras partes. Es donde quiera el mismo, hay que atemperarse a él, y lo mejor es prolongar el estado actual de cosas, mientras se pueda; porque parece lo seguro que si cambia estaremos peor.

Lucas creyó adivinar un poco de burla irónica en aquel antiguo calavera parisiense, á quien el sordo espanto de aquellos burgueses provincianos debía de divertir. Toda política práctica de Chatelard consistía en ésto, en la más gallarda indiferencia, cualquiera que fuese el ministro que estuviese en el poder. La vieja máquina gubernamental continuaba funcionando por sí misma, por la fuerza adquirida, con chirridos y choques, y al fin se descompondría y caería hecha polvo, al nacer una nueva sociedad. «Al freir será el reir», decía, riendo, en el seno de la confianza. La cosa marchaba, porque estaba montada ya, pero al primer tumbó serio, todo se lo llevaría la trampa. Los mismos esfuerzos intentados para consolidar la vetusta carraca, las reformas tímidas ensayadas, las leyes inútiles que se votaban sin osar siquiera aplicar las antiguas, las crisis furiosas de las ambiciones y de las personas; las iras y delirios de los partidos, no hacían más que agravar y apresurar la agonía suprema. Todos los días, semejante régimen, se asombraba de no verse por tierra, esperando para el día siguiente. Y él, Chatelard, que no era un imbécil, se las arreglaba para durar, mientras el actual régimen durase. Republicano prudente, como había que serlo, representaba al Gobierno, nada más que lo preciso para conservar su puesto, haciendo solo lo necesario, queriendo antes que nada vivir en paz con sus administrados. ¿Que

todo se hundía? ¡pues ya procuraría él no estar bajo los escambros!

—Ya lo ven ustedes,—concluyó,—la desdichada huelga, que tanto les inquietaba, ha terminado de la mejor manera.

Gourier, el alcalde, no tenía la filosofía irónica del subprefecto, y aunque siempre estuviesen de acuerdo, lo que les facilitaba la administración de la ciudad, protestó:

—Vamos despacio, vamos despacio, querido amigo; demasiadas concesiones, nos llevarían muy lejos... Conozco á los obreros, los quiero, soy republicano viejo, un antiguo demócrata de la víspera. Pero si concedo á los trabajadores el derecho de mejorar su suerte, jamás aceptaré las teorías subversivas, esas ideas de los colectivistas, que acabarían con toda ciudad civilizada.

Y en su voz gruesa, temblorosa, sonaba el miedo que había tenido, la ferocidad del burgués amenazado, la innata necesidad de represión que se había traducido en un momento por el deseo de hacer avanzar á la tropa, para obligar á los huelguistas, á tiros, á volver al trabajo.

—En fin, yo no he podido hacer más por los trabajadores en mi fábrica: caja de socorros, de retiros, habitaciones baratas; no cabe más blandura. ¿Y entonces, qué más quieren?... Esto es el acabóse. ¿No es así, señor Delaveau?..

El director del Abismo, hasta entonces, había comido con gran apetito, escuchando sin mezclarse en la conversación.

—¡Oh, el fin del mundo!—dijo con su tranquilo aplomo;—espero, sin embargo, que no dejaremos que el mundo se acabe, sin luchar un poco, para que continúe... Opiño como el señor subprefecto: la huelga ha terminado muy bien. Y traigo una buena noticia: Bonnaire, el colectivista, ya sabéis, el cabeza de motín que me habían obligado á admitir otra vez, fué, se ha hecho justicia á sí mismo; anoche dejó la fábrica. Obrero excelente, pero ¡qué

remedio! un exaltado, un soñador peligroso... ¡Ah, los señores! ¡esos son los que nos llevan al abismo!

Y prosiguió; procuró mostrarse muy leal, muy justo. Cada cual tenía el derecho de defender sus intereses. Los obreros, declarándose en huelga, creían defender los suyos. El director de la fábrica defendía el capital, el material, la propiedad que se le había confiado. Y estaba dispuesto a ser indulgente, porque se sentía más fuerte. Su único deseo era conservar lo existente. El salario, funcionando según la sabiduría de la experiencia, lo había organizado poco á poco. En eso estaba toda la verdad práctica, lo demás eran ensueños culpables; por ejemplo, el tal colectivismo, cuya aplicación traería la más espantosa catástrofe. También habló de los sindicatos, que combatía encarnizadamente, porque había adivinado en ellos una poderosa máquina de guerra. De todos modos, él triunfaba como trabajador activo sencillamente, como buen administrador, contento con que la huelga no hubiese hecho más estragos, convirtiéndose en un desastre é impidiéndole, aquel año, cumplir los compromisos adquiridos con su primo.

En aquel momento, los dos criados pasaban ofreciendo perdigones asados, mientras el cochero, cargado de vinos, presentaba saint-emilion.

—¿De modo,—dijo Boisgelin bromeando;—que tú me juras que no nos veremos reducidos á un régimen de patatas, y que podemos comer sin remordimientos un aló de estos perdigones?

Una gran carcajada acogió esta salida, que pareció muy graciosa.

—Yo te lo juro,—dijo alborozado Delaveau, riendo como los demás.—Duerme y come tranquilo; la revolución que se llevará tus rentas, no vendrá todavía mañana.

Lucas, silencioso, sintió palpitar su corazón. Aquello era el salario: el capital que explotaba el trabajo de los demás. Adelantaba cinco francos; el obrero les hacía producir siete y él se comía dos. Y á lo menos, Delaveau trabajaba

arriesgaba su cerebro, sus músculos; pero aquel Boisgelin, que jamás había hecho nada, ¿con qué derecho vivía, comía, con tanto lujo? Lucas extrañaba también la actitud de Fernanda, que atendía con gran interés á esta conversación, nada á propósito para mujeres, que parecía excitada y muy contenta con la derrota de los obreros, y la victoria de aquel dinero, que sus dientes de lobezna devoraban á boca llena; sus labios rojos se levantaban un poco y descubrían los dientes agudos en una risa de fría crueldad, como si por fin hubiese satisfecho sus rencores y sus apetitos, en frente de la mujer apacible, á quien engañaba, y entre su guapetón amante dominado por ella y un marido ciego que le ganaba los millones futuros. Parecía ya Fernanda un poco alegre por causa de las flores, de los vinos, de los manjares, y sobre todo por el placer perverso de utilizar su radiante hermosura, trayendo allí el desorden y la destrucción.

—¿Es verdad que se trata de dar una fiesta de caridad en la Subprefectura?—preguntó suavemente Susana á Chatelard—¿Quieren ustedes que hablemos de algo que no sea política?

El subprefecto, galante, fué en seguida de su opinión.

—Pues claro; somos imperdonables... Daré todas las fiestas que usted quiera, amiga mía.

Desde aquel momento la conversación se dividió, y volvió cada cual á lo que le apasionaba. Marle, el cura, se había contentado con aprobar, con ligeros movimientos de cabeza, ciertas declaraciones de Delaveau; pues se mostraba siempre muy prudente en aquel medio en que le atormentaban el desorden moral del amo de la casa, el escepticismo del subprefecto y la hostilidad declarada del alcalde, que ostentaba ideas anticlericales. ¡Cómo le descorazonaba aquella sociedad, que él debía sostener, y que acababa en semejante ruina!

Su único consuelo era la devota simpatía de la hermosa Leonor, que tenía junto á sí, atenta nada más á cuidarle

diciéndole á media voz cosas agradables, mientras los demás discutían. También aquella vivía sin duda en el pecado, pero se confesaba, y ya estaba oyéndola en el tribunal de la penitencia, acusarse del placer excesivo de haber almorzado al lado de su amigo Chátelard, que oprimía debajo de la mesa y amorosamente una rodilla de la dama con otra suya. El bueno de Mazelle, olvidado entre el presidente Gaume y el capitán Jollivet, tampoco había abierto la boca todavía, más que para tragar grandes bocados que masticaba lentamente, por miedo al dolor de estómago. La política no le interesaba desde que gracias á sus rentas estaba al abrigo de las borrascas, pero debía prestar atención á las teorías del capitán, que desahogaba muy contento, hablando á tan benévolo oyente. El ejército era la escuela de la nación; Francia no podía ser según su tradición inmutable, más que una nación guerrera, que solo volvería á su equilibrio el día que hubiese reconquistado á Europa, reinando por el sable. Era una estupidez acusar al servicio militar de desorganizar el trabajo. Además ¿el trabajo de quién? ¿Qué trabajo? ¿Había eso? ¡El socialismo, la gran broma! Siempre habría soldados y debajo gente para llevar el fardo. A lo menos, el sable se veía. Pero ¿quién había visto jamás la idea, la famosa idea, la pretendida reina del mundo? Y se reía de su propia gracia; y el bueno de Mazelle, que respetaba profundamente al ejército, reía con él por complacerle; mientras que Lucila, la novia, le clavaba la sutil mirada de enigmática enamorada, examinándole en silencio, con extraña sonrisilla, como saboreando la idea de sus condiciones de marido. Al otro extremo de la mesa, el joven Aquiles Gourier seguía encerrado en su silencio de testigo y de juez, brillándole los ojos con todo el desprecio que le inspiraban su familia y los amigos con que le obligaba á almorzar.

Pero de nuevo se alzó una voz que se oyó en toda la mesa, en el momento en que se servía una empanada

de hígado de pato, una verdadera maravilla. Era la voz de la señora de Mazelle, muda hasta entonces, enfrascada en su plato, cuidando su enfermedad que reclamaba mucho alimento. Y como Boisgelin, atento solo á Fernanda, no hacía caso de ella, se había vuelto á Gourier y le explicaba asuntos de familia; lo bien que se entendía con su marido, sus ideas sobre la instrucción que había de dar á su hija Luisa.

—No quiero que me la carguen la cabeza. ¡Ah no! ¿Para qué se ha de pudrir la sangre? Es hija única, heredará todos nuestros bienes.

De pronto, Lucas cedió á la necesidad de protestar, sin reflexionar, por pura malicia.

—¿Pero usted no sabe, señora, que se van á suprimir las herencias? ¡Oh, y muy pronto, en cuanto se organice la nueva sociedad!

Todos creyeron que hablaba en broma, y era tan cómico el estupor de la señora de Mazelle, que todos ayudaron á Lucas.

¡La herencia suprimida, valiente infamia; el dinero ganado por el padre se les arrancaría á los hijos, se les condenaría á ganarse el pan á su vez! Sin duda esta era la consecuencia lógica del colectivismo. Y como Mazelle, asustado, viniese en socorro de su mujer diciendo que él no se inquietaba, que toda su fortuna estaba en papel del Estado, y que jamás osarían tocar al gran libro, Lucas replicó tranquilamente:

—Ahí está el error, caballero; se quemará el gran libro, se abolirá la renta. Es cosa resuelta.

Los Mazelle iban á ahogarse. ¡La renta abolida! Les parecía tan imposible como que el cielo se desplomara sobre su cabeza. Y estaban tan aturridos, tan aterrados, por aquella amenaza del trastorno de las leyes naturales, que Chatelard con lástima burlona los tranquilizó, y dijo volviéndose hacia la mesa de los pequeños, donde apesar del

buen ejemplo de Pablo, las dos niñas, Nisa y Luisa no se habían portado muy bien:

—No, no hay que temer. La cosa no está tan próxima; su hija de usted tiene tiempo de crecer y de criar hijos á su vez... Eso no quita que deban limpiarla, porque creo que ha metido la cara en la crema.

Continuaba la risa y la broma. Todos sin embargo, habían sentido pasar el fuerte aliento del mañana, el viento del porvenir que soplabá de nuevo á través de la mesa, barriendo el lujo inicuo y los goces envenenados. Y todos acudían en socorro de la renta, del capital, de la sociedad burguesa y capitalista, basada en el salario.

—La república se suicidará el día que toque á la propiedad,—dijo Gourrier, el alcalde.

—Hay leyes, y todo se hundiría el día que no fuesen aplicadas,—dijo el presidente Gaume.

—¡Y qué diantrel en todo caso ahí está el ejército, vigilante, y que no permitirá el triunfo de los pillos,—dijo el capitán Jollivet.

—Dejad obrar á Dios, que no es más que bondad y justicia,—dijo el cura.

Boisgelin y Delaveau se contentaron con mostrarse conformes, porque para ayudarlos á ellos se juntaban todas las fuerzas sociales. Y Lucas lo comprendió; el Gobierno, la administración, la magistratura, el ejército, eran quien sostenía todavía la sociedad agonizante, la monstruosa andamiada de iniquidad, el trabajo mortífero de los más, que alimentaba la corruptora holganza de unos pocos. Continuaba su terrible visión de la vispera; después de haber visto el reverso, ahora veía el anverso de aquella sociedad en descomposición, cuyo edificio se desmoronaba por todas partes. Y allí mismo, en aquel lujo, en aquel triunfante decorado, acababa de oírle estallar; á todos los veía inquietos, aturdiéndose, corriendo al abismo como todos los enloquecidos que arrastran las revoluciones.

Se servían los postres, la mesa estaba cubierta de cre-

mas, pastas, magníficas frutas. Para acabar de animar á los Mazelle, al llegar el champagne, se hizo el elogio de la pereza, de la divina pereza, que no es de este mundo. El amplio comedor, tan alegre, parecía haberse llenado de la suave influencia, como un effluvio, de los grandes árboles del parque, y Lucas reflexionaba, porque de repente, acababa de comprender el pensamiento que sentía en sí como una preñez: la emancipación del porvenir, enfrente de aquellos hombres que eran la autoridad injusta y tiránica del pasado.

Después del café, que se sirvió en el salón, Boisgelin propuso un paseo por el parque, hasta la Granja. Durante todo el almuerzo se había deshecho en obsequios para Fernanda, que continuaba esquiva. No le había permitido pisarla el pie bajo la mesa; no le respondía siquiera y guardaba sus sonrisas para el sub-prefecto, que tenía enfrente. Ocho días duraba ya aquello. No había favores para él, cuando se permitía no obedecer inmediatamente á uno de sus caprichos. El fondo de su presente querrela era que había exigido Fernanda que él invitase á una cacería, con galgos, por el solo placer de lucir un vestido nuevo. Se había negado Boisgelin, por lo cara que salía la fiesta; y Susana que sabía algo, le había suplicado que fuese razonable. De este modo, la lucha era ya entre las dos mujeres; se trataba de saber quien vencería, si la querida ó la esposa. Durante el almuerzo, Susana, con su triste y suave mirada, no había perdido de vista la frialdad afectada de Fernanda, ni la solicitud inquieta de su marido. Así que cuando este propuso lo del paseo, comprendió que solo buscaba ocasión de verse á solas con la melindrosa, para defenderse y reconquistarla. Ofendida, incapaz de combatir, se recogió en su dignidad dolorida, y dijo, que ella se quedaba, para acompañar á los Mazelle, que por higiene no daban un paso después de comer. El presidente Gaume, su hija Lucila y el capitán Jollivet, declararon también que no se moverían; y entonces, el cura, Marle,

propuso una partida de ajedrez al presidente. Aquiles Gourier ya se había despedido, contento al verse libre con sus sueños, por el ancho campo, á pretexto de un examen que estaba preparando. De modo que nadie más que Boisgelin, el sub-prefecto, los Delaveau, el matrimonio Gourier y Lucas fueron á la Granja, á paso lento, á través de los árboles centenarios del parque.

Iban por bien parecer los cinco hombres en un grupo, y Fernanda y Leonor detrás, muy metidas en una conversación íntima. Boisgelin se deshizo en lamentos sobre las desgracias de la agricultura; la tierra se declaraba en bancarota, los labradores corrían á una ruina próxima. Châtelard y Gourier estuvieron de acuerdo en que el problema terrible, sin solución por ahora, estaba allí; pues para que el obrero industrial pudiera producir, hacía falta que el pan estuviese barato, y si el trigo estaba barato, el paisano arruinado ya no compraba los productos de la industria. Delaveau creía que la solución estaba en un proteccionismo inteligente. Lucas, á quien interesaba la cuestión, les hizo hablar, y sobre todo obtuvo informes de Boisgelin, que acabó por confesar que su desconfianza provenía de sus continuas dificultades con su colono Feuillat, cuyas exigencias crecían de año en año. Iba á tener que dejarle al llegar el nuevo arriendo, porque el llevador había pedido una disminución del diez por ciento en el precio de la renta; lo peor era que, con el temor de no seguir en las fincas, ya no cuidaba las tierras, no las abonaba y decía que no tenía porque trabajar en provecho del que viniera detrás. Así se esterilizaba la propiedad, herida de muerte poco á poco.

—Y en todas partes es lo mismo,—continuó Boisgelin.—No hay modo de entenderse; los labriegos quieren echárselas de propietarios, y quien paga es el cultivo... Vean ustedes; en Combettes, la aldea que no está separada de mis tierras más que por la carretera de Formeries, no pueden ustedes figurarse lo mal que se entienden; los esfuer-

zos que cada aldeano hace para dañar al vecino, inutilizándose á sí propio... ¡Oh, el feudalismo tenía algo bueno; todos estos valientes se alinearían si no tuviesen nada, ni pudiesen soñar con tenerlo!

Esta conclusión imprevista hizo sonreír á Lucas; pero lo que le sorprendía era la confesión inconsciente de que la pretendida quiebra del terruño venía solo de la falta de inteligencia. Y ahora al salir del parque, su mirada se extendía por la llanura inmensa, por aquella Rumaña tan célebre antaño por su fecundidad, acusada ahora de no poder ya sustentar á sus habitantes. A la izquierda veía extenderse los vastos dominios de la Granja, mientras que á la derecha distinguía los pobres tejados de Combettes, en torno de los cuales se agrupaban campos extremadamente divididos, cuatro terrones todavía desmigajados por las herencias, semejantes á una tela toda piezas y remiendos. ¿Y qué hacer para que volviese la concordia, para que de estos esfuerzos contradictorios y dolorosos naciese el gran impulso de solidaridad en nombre de la felicidad de todos?

Llegaban ya á la Granja, edificio amplio y de buen aspecto y justamente en aquel instante pudieron oír juramentos, puñetazos sobre las mesas, todo el ruido violento de una disputa. Enseguida vieron salir de la casa á dos aldeanos, el uno gordo y pesado, el otro flaco y de mal genio, los cuales después de haberse amenazado por última vez se alejaron, dirigiéndose á campo traviesa hacia Combettes, cada uno por camino diferente.

—¿Qué pasa Feuillat?—preguntó Boisgelin al colono, que estaba de pie en el umbral.

—¡Oh, nada, señor!.. Dos de Combettes... Lo de siempre, una disputa por un lindero, y querían que yo decidiera el caso. Años y años, de padres á hijos, los Lenfant y los Yvonnot están en continua pelotera, y nada más que con verse se vuelven locos... Por más que he querido llamarlos á la razón, nada; ya los han oído ustedes; van á comerse.

¡Y vaya si son animales, santo Dios, cuando serían tan fuertes si quisieran pensar un poco y entenderse!

Luego, sin duda descontento por haber dejado escapar esta reflexión, que no era buena para dicha delante del amo, disimuló, mirando vagamente; y borrando toda expresión de su rostro, añadió:

—Si estas señoras y estos caballeros quieren entrar y descansar un momento...

Pero Lucas había visto brillar sus ojos. Le sorprendió encontrar á aquel hombre alto y delgado, tan seco, de color de tierra, quemado ya por las horas de sol ardiente, á los cuarenta años apenas. Era con todo de muy viva inteligencia, como pudo notarlo oyéndole conversar con Boisgelin. Le había preguntado éste, risueño, si había pensado bien lo de la renta, y el colono había movido la cabeza respondiendo con pocas palabras, como diplomático ganoso de vencer. Sin duda se reservaba su idea; la tierra para los que la cultivaban, de todos, para que se volviese á quererla y fecundarla. ¡Amar el terruñol y se encogía de hombros. Su padre, su abuelo, lo habían querido furiosamente. ¿De qué les había servido? El esperaba poder quererlo otra vez, cuando lo trabajara para sí, para los suyos, y no para un propietario, que sólo pensaría en subir la renta el día que doblase la cosecha. Y más había en el fondo de sus medias palabras, en su clara mirada al porvenir: la prudente inteligencia entre los aldeanos, los campos tan divididos, trabajados en común, la gran cultura intensiva, con máquinas. Eran estas ideas raras que él se había ido formando poco á poco, que los burgueses no tenían para que saber, pero que á veces se le escapaban sin pensarlo.

Acabaron por entrar un momento y sentarse, en la alquería; y Lucas encontraba allí las paredes frías y desnudas, el olor de trabajo y de pobreza que la vispera le habían impresionado tanto en casa de los Bonnaire, en la calle de las Tres Lunas. Seca y también terrosa como su

marido, estaba allí la Feuillat, callada, con su único hijo, un muchachote de doce años, León, que ayudaba á su padre. En todas partes lo mismo; en casa del aldeano como en casa del obrero, el trabajo maldito, con estigma de deshonor, convertido en laceria y sin sustentar siquiera al esclavo aherrojado en su oficio, como por una cadena. En la aldea cercana, en Combettes, el padecimiento era sin duda mayor todavía: casas sórdidas, una existencia de animales domésticos alimentados con sopas; los Lenfant, con su hijo Arsenio y su hija Olimpia, los Yvonnot, que tenían otros dos, Eugenia y Nicolás, todos comiendo en la artesa inmundada de la miseria, agravando sus males por el rencor con que se devoraban. Lucas escuchaba, miraba, evocaba este infierno social, y se decía que la solución del problema social estaba allí, con todo; porque el día en que se reconstituyera toda una sociedad nueva, habría que volver á la tierra, la eterna nodriza, la madre común, la única que podía asegurar á los hombres el pan de cada día.

Al dejar la alquería,—dijo Boisgelin á Feuillat.

—En fin, usted lo pensará, amigo mío. La tierra ha ganado y es justo que yo me aproveche de ello.

—¡Oh, ya está pensado, señor!—respondió el casero;—tanto me dá reventar de hambre en medio de la calle ó en casa del amo.

A la vuelta, cuando damas y caballeros se dirigieron á la Guerdache, por otro camino del parque más solitario y sombrío, se formaron nuevos grupos; el sub-prefecto y Leonor se retrasaron y pronto se quedaron á la cola, muy lejos, pero contentándose con charlar plácidamente como antiguo matrimonio; mientras Boisgelin y Fernanda, que se habían separado poco á poco, desaparecieron, como si hubiesen equivocado el camino, perdidos por extraviados senderos; tan animada era su conversación. Con paso igual, tranquilo, los dos maridos Gourier y Delaveau habían se-

guido por la calle de árboles, comentando un artículo sobre el fin de la huelga de *El Diario de Beauclair*, un periódico que tiraba quinientos ejemplares y publicaba un tal Lebleu, humilde librero clerical, al que daban artículos el cura Marle y el capitán Jollivet. El Alcalde deploraba que se hubiese metido á Dios en la danza, si bien aprobaba, como el director del Abismo, este canto de triunfo en que se celebraba con estilo lírico la victoria del capital sobre el salario. Lucas, que iba cerca de ellos, aburrido, se fué quedando atrás y echó por medio de la espesura, seguro de que al fin llegaría á la Guerdache.

¡Cuán adorable soledad en aquel espeso tallar, en que el tibio sol de Septiembre entraba como lluvia de un polo de oro!

Anduvo algún tiempo á la ventura, contento de verse solo al fin, respirando á sus anchas, en plena naturaleza, como libre del peso que le aplastaba, desde que toda aquella gente pesaba sobre su cerebro y sobre su corazón. Qui-so sin embargo alcanzarlos, pero de repente dió, cerca de la carretera de Formeries, en anchos prados, en medio de los cuales un pequeño brazo del Mionna alimentaba una gran charca. La escena que se le ofreció le divirtió mucho y fué para él de encanto y de esperanza.

Allí estaba Pablo Boisgelin, que acababa de obtener permiso para llevar hasta aquel sitio á sus dos convidadas, Nisa Delaveau y Luisa Mazelle, cuyos tres años suponían pies demasiado pequeños para ir muy lejos. Las niñeras, tendidas bajo un sauce, charlaban sin pensar en los niños; pero lo grave del lance, era que el futuro heredero de la Guerdache y las dos damas de babero, habían encontrado la charca ocupada por una invasión popular; por tres gopines conquistadores que debían de haber escalado una tapia ó que se habían deslizado por debajo de un seto. Lucas, muy sorprendido, reconoció á Nanet, el jefe, el alma de la expedición, seguido de Luciano y de Antonietta Bonnaire, á quienes seguramente había seducido, arras-

trándolos tan lejos de la calle de las Tres-Lunas, gracias á la libertad del domingo. Todo se explicaba. Luciano había inventado un barquichuelo que navegaba solo, y Nanet se había ofrecido á llevarlos á una charca que él conocía, donde jamás se encontraba á nadie. El barquichuelo caminaba solo por el agua clara, sin ondas. Era un prodigio.

Sencillamente, Luciano había tenido un rasgo genial, utilizando el infantil mecanismo de un cochecillo que giraba, un juguete de noventa y cinco céntimos, sin más que adaptar las ruedas, provistas de paletas, á un barco hecho de un pedacito de pino, ahuecado. Caminaba la máquina sus diez metros sin volver á darle cuerda. Lo peor era que había que coger el barco con una pértiga, y esto á cada instante lo ponía en peligro de echarlo á pique. Petrificados de admiración, Pablo y sus dos convidadas, permanecían en pie al borde de la balsa. Luisa sobre todo, con los ojos brillantes en aquella carita de cabra caprichosa, pronto fué arrastrada por un deseo sin límites. Tendió las manitas y exclamó:

—Quiero yo, quiero yo...

Luego corrió hacia Luciano, que acababa de recoger con la pértiga el barco, para darle cuerda. La buena naturaleza, en el placer del juego, los juntó. Se tutearon.

—Soy yo quien lo ha hecho ¿sabes?

—¡Oh, déjame ver, dámelo!

El chico no quiso, defendió su propiedad contra las manitas despojadoras.

—¡Ah, no, este no, me costó mucho trabajo... Vas á romperlo, suéltalo.

Sin embargo, acabó por ablandarse, viendo á la niña tan mona, tan alegre y oliendo tan bien.

—Yo te haré otro si quieres.

Y como el barco, otra vez en el agua, caminaba de nuevo con sus ruedas, la niña aceptó la oferta, batió palmas y se

sentó junto á Luciano sobre la hierba, vencida á su vez ya tan compinches y sin separarse más de él.

Pablo, el mayor de todos, que por sus siete años era ya un hombrecillo, tuvo en tanto la idea confusa de que debía procurar enterarse. Se había fijado en Antonieta, cuyo aspecto amable y cuyo rostro sano y bonito le animaban.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Yo, cuatro; pero papá dice que aparento seis.

—¿Y quién es tu papá?

—Toma; papá es papá, pareces tonto; que cosas preguntas.

Se reía con tanta gracia, que el niño juzgó la respuesta decisiva y no la preguntó más. También se sentó junto á ella y al punto fueron los mejores amigos del mundo. Sin duda no echó de ver que llevaba un vestidillo de lana, nada bonito; hasta tal punto le parecía agradable con aquel aire de salud y de confianza.

—¿Y tú? ¿Quién es tu papá? ¿Son suyos todos estos árboles? ¡Hay que bien! ¡Tú sí que tienes sitio para jugar! Nosotros nos hemos metido por el agujero de la sebe; allá abajo.

—Está prohibido... Tampoco me dejan á mí venir aquí, porque tienen miedo de que me caiga al agua. Y dá tanto gusto... No hay que decir nada, nos castigarían á todos.

Pero de pronto, hubo allí un drama. Nanet, tan rubio y desgrefinado, se había pasmado ante Nisa, más desgrefinada y rubia que él. Parecían dos juguetes: se fueron el uno al otro enseguida, como si su encuentro fuera una cosa necesaria, y se hubieran esperado. Ya estaban cogidos de la mano y se reían cara á cara, jugando á empujarse. Nanet, que se la echaba de valiente exclamó:

—Para coger el barco de ese, no hace falta el palo... Voy á buscarlo yo dentro del agua.

Entusiasmada Nisa, que también estaba por los juegos extraordinarios, apoyó la proposición.

—Eso es, vamos á meternos en el agua: hay que quitar los zapatos.

Y al inclinarse por poco se cae al agua. Toda su valentía de chiquilla la abandonó y lanzó un grito terrible cuando sintió que el agua le mojaba las botinas. Nanet, hecho un bravo, se había lanzado y la había cogido con sus brazos pequeños pero ya fuertes. La llevaba como una conquista y un trofeo; la dejó sobre la hierba y volvió la niña á reirse jugando con él y echándose mano, rodando juntos, como alegres cabritos. Pero el grito agudo que la había arrancado el miedo acababa de sacar á las niñeras de su descuidada charla bajo el sauce. Se habían levantado, habían visto con asombro la pandilla invasora, aquellos galopines caídos de las nubes, que se permitían arrastrar al desenfreno á los hijos de burgueses, confiados á su custodia. Acudieron con aire tan irritado, tan terrible, que Luciano se apresuró á recoger el barco, despejando á todo correr, por miedo de que se lo confiscaran. Antonieta le seguía y hasta el mismo Nanet, á quien arrastraba el pánico. Galoparon hasta el seto, se echaron á tierra, se deslizaron por el agujero y desaparecieron, mientras que las dos niñeras volvían á la Guerdache con los tres niños, conviniendo con ellos en no decir nada para que no se riera á nadie.

Lucas se reía á solas, divertido con aquella escena, sorprendida bajo un sol paternal, en medio de la naturaleza, buena amiga. ¡Ah las valerosas criaturas! que pronto estaban de acuerdo, cuán fácilmente resolvían todas las dificultades, ignorantes todavía de la luchas fratricidas; y que sueño de triunfal porvenir traían consigo. A los cinco minutos estaba Lucas de vuelta en la Guardache y allí volvió á caer en la execrable realidad presente envenenada de egoísmo, convertida en campo de batalla encarnizada de todas las malas pasiones. Eran las cuatro y los convidados se despedían.

Lo que le impresionó fué ver á la izquierda de la esca-

linata, cerca de ella, al señor Jerónimo en su cochecillo. Acababa de volver de su largo paseo y había hecho una seña al criado para que le dejase en aquel sitio como si quisiera asistir á la despedida de los convidados, bajo un sol tibio que ya alumbraba de soslayo.

En lo alto de la escalinata, Susana, entre aquellas damas y caballeros que se disponían á marchar, esperaba á su marido que se había retrasado acompañado de Fernanda. Ya hacía algunos minutos que todos los demás habían vuelto, cuando los vió aparecer charlando á paso lento como si pensarán que aquella larga soledad de dos era lo más natural del mundo. No provocó Susana ninguna explicación, pero bien notó Lucas que sus manos temblaban ligeramente mientras que una amargura dolorosa asomaba en sus sonrisas de señora de su casa obligada á mostrarse amable.

Pero sintió el agudo dolor de una herida, que á su pesar la hizo estremecerse, cuando Boisgelin, dirigiéndose al capitán Jollibet, le dijo que iría á verle para consultarle y organizar con él la partida de caza con galgos que hasta ahora solo había sido para él un vago proyecto. De modo que era cosa hecha: la esposa quedaba derrotada, y vencida la querida que había impuesto su capricho de despilfarrar y de locura durante aquel paseo imprudente, como una cita dada en público.

Susana sintió rebelársele el alma; ¿porqué no cogía á su hijo y se marchaba con él? En seguida, con un visible esfuerzo se calmó, muy digna, muy grande, guardando el honor de su nombre y de su casa, con su abnegación de mujer honrada, con aquel silencio de heroica ternura en que había resuelto vivir, protegida contra el lodo que la rodeaba; y Lucas que lo adivinaba todo, ya no conoció su tortura más que en el temblor de su pobre mano febril cuando se la estrechó al despedirse.

El señor Jerónimo había seguido la escena con aquella mirada transparente como agua de manantial, que hacía

preguntarse con angustia si había allí todavía un pensamiento, una inteligencia que comprendía y que juzgaba; luego asistió á la marcha de todos los convidados, como un desfile de todas las potencias, de todas las autoridades sociales, los señores que el pueblo tenía como ejemplo. Châtelard en carretela partió con Gourier y Leonor, la cual ofreció un sitio al cura Marle, de manera que ella y el clérigo se sentaron codo con codo en el asiento delantero, y el sub-prefecto y el Alcalde enfrente de ellos. El capitán Jollivet que conducía por sí mismo un tilburi de alquiler, se llevó al presidente Gaume y á Lucila, su novia, siempre vigilada por su padre, á quien inquietaban sus gracias de tórtola pasmada. Por último, los Macelle, que habían venido en un landeau inmenso, á él volvieron como á un blando lecho, donde medio acostados acabarían de hacer su digestión. Y el señor Jerónimo, al cual no hicieron más que saludar todos, según la regla de la casa, los siguió con sus miradas, como un niño sigue las sombras que pasan, sin revelar ninguna clase de sentimiento en su rostro frío.

Solo quedaban los Delaveau, y el director del Abismo se empeñó en llevar á Lucas consigo en la victoria de Boisgelin, para evitarle la vuelta á pie. Nada más sencillo que dejarle á la puerta de su casa, pues pasarían por delante de la Crêcherie. Como no había más que una bigotera, Fernanda llevaría á Nisa en el regazo, y la niñera iría junto al cochero. Delaveau insistía con la mayor cortesía.

—De veras, señor Froment, sería para mí un verdadero placer.

Lucas tuvo que aceptar. Boisgelin, con torpeza, volvió á hablar de la partida de caza, poniendo empeño en saber si Lucas estaría todavía en Beauclair para asistir á ella. Respondió el joven que no lo sabía, pero que no había que contar con él. Susana le escuchaba sonriente; después con los ojos húmedos por la fraternal simpatía, le estrechó la mano otra vez.

—Hasta la vista, amigo mío.

Y cuando por fin arrancó la victoria, Lucas volvió á encontrarse por última vez con los ojos del señor Jerónimo, que le pareció que iban de Fernanda á Susana, observando lentamente la destrucción suprema. Acaso sería una ilusión; acaso en el fondo de sus ojos solo había asomado la única emoción que á veces lucía en ellos en vaga sonrisa, cuando miraba á su querida nieta, la única á quien amaba todavía, la única á quien quería reconocer.

Mientras la victoria rodaba hacia Beauclair, no tardó Lucas en comprender porqué Delaveau había deseado tanto llevarle consigo. Se puso á preguntarle el motivo de su improvisado viaje, lo que venía á hacer y la nueva dirección que Jordán iba á dar á su horno alto, muerto Laroche, el antiguo ingeniero. Uno de los proyectos secretos de Delaveau había sido siempre comprar el horno alto, y el vasto terreno que le separaba de su fábrica, para doblar de este modo el valor del Abismo, englobando en él la Crécherie. Pero era un bocado caro, y por lo pronto no había esperado más que ir extendiéndose de modo lento y progresivo, porque no tenía el dinero necesario, ni con mucho, para hacer el negocio de un golpe. Pero la súbita muerte de Laroche había enardecido su deseo, y se decía que acaso podría entenderse con Jordán, del cual sabía que estaba abismado en sus estudios, y deseoso de desembarazarse de una gestión que le incomodaba. Por esto la repentina venida de Lucas le había alarmado tanto, temeroso de que el joven viniese á contrarrestar su proyecto, acerca del cual solo había hecho hasta entonces prudentes indicaciones. A las primeras preguntas, hechas como al descuido, con aire bonachón, Lucas se puso en guardia, sin ver claro todavía; y respondió de modo evasivo:

—No sé nada; hace seis meses que no he visto á Jordán. En cuanto al horno alto, creo que vá sencillamente á encargarse su dirección á cualquier ingeniero joven, de mérito.

Mientras hablaba, notó que Fernanda no le quitaba los ojos. Se la había dormido Nisa en el regazo y ella callaba, muy atenta, como adivinando que su fortuna se decidía allí; y fijaba los ojos en el joven, en el cual ya olfateaba un enemigo. ¿No era ya partidario de Susana? ¿No los había visto de acuerdo, dándose la mano fraternalmente? Y ahora, Fernanda veía la guerra declarada; toda su hermosura se aguzaba en una sutil y cruel sonrisa, con el ansia de la victoria.

—Lo que he dicho,—replicó Delaveau batiéndose en retirada,—fué porqué me habían contado que Jordán pensaba entregarse por completo a sus inventos... Los tiene admirables.

—¡Admirables!—respondió Lucas en el entusiasmo de la convicción.

El coche se detuvo delante de la Crécherie y se apeó Froment; dió las gracias, y se encontró á solas. Temblaba, conmovido por un gran estremecimiento causado por aquellos dos días, que el destino benéfico le había hecho vivir, desde su llegada á Beauclair. Había visto las dos faces de este mundo execrable, cuyo armazón crujía podrido. Y la miseria de los unos, la riqueza emponzoñada de los otros. El trabajo, mal pagado, despreciado, distribuido injustamente, no era más que una tortura y una vergüenza, cuando debiera haber sido la nobleza, la salud, hasta la dicha del hombre. Su corazón estallaba, se le habría el cerebro, oprimido por aquella idea que había de nacer, que sentía como una preñez hacía algunos meses. Era un grito de justicia que brotaba de su ser entero, y á la hora presente, no tenía allí otra misión que acudir en socorro de los desgraciados y organizar un poco de justicia sobre la tierra.